

NUESTRA MISION ES REALIZAR

LECCIONES DE LA HISTORIA

Los sectores políticos que tienen a la acción popular, los participantes del gobierno de la Generalidad de esos partidos, vienen repitiendo con insistencia machacona su ataque a los Comités surgidos en defensa de la Revolución, so pretexto de que son "incontrolados" y debe reinar solamente el Gobierno. No es una novedad en la historia este miedo pánico al pueblo, cuando éste tiene armas y medios para hacerse respetar. Salvando las diferencias de épocas y circunstancias, queremos recordar algunos hechos de las grandes revoluciones. Sacamos de "La Gran Revolución", de Pedro Kropotkin, algunos fragmentos de por sí elocuentes.

"A medida que la Revolución progresaba en la concepción y manifestación de sus ideas sociales, las Secciones avanzaban también, llegando poco a poco hasta hacerse empresarios de vestidos, de ropa blanca y de calzado para el ejército; organizaron además la molienda del trigo y otros muchos servicios públicos de un modo tan regular, que en 1793 todo ciudadano o ciudadana domiciliado en la Sección podía presentarse a trabajar en el taller de su Sección."

"Y hubo más. No sólo las Secciones vigilaban durante todo el curso de la Revolución las remesas y la venta del pan, los precios de los artículos de primera necesidad y la aplicación del máximo de los precios cuando éste fué establecido por la ley, sino que tomaron también la iniciativa de cultivar los terrenos vagos o inútiles de París para aumentar la producción agrícola por el cultivo de la horticultura."

"Pero ¿quienes eran esos anarquistas de quienes Brissot habla tanto y cuyo exterminio pide con tanta ira? Los anarquistas eran revolucionarios diseminados por toda la nación; hombres completamente dedicados a la Revolución, que comprendían su necesidad, que la amaban y por ella trabajaban. Cuando era preciso dar un empuje, inflamar al pueblo y marchar con él contra las Tullerías, ellos prepararon el ataque y combatieron entre sus filas. Sus ideas eran claras y concretas. ¿La República? ¡Sí! ¿La igualdad ante la ley? ¡Conformes! Pero eso no era suficiente, ni mucho menos. ¿Servirse de la libertad política para obtener la libertad económica, como recomendaban los burgueses? ¡No! Los anarquistas sabían que eso es imposible! Los anarquistas querían la cosa misma. LA TIERRA PARA TODOS, lo que se llamaba entonces "la ley agraria"; la igualdad económica, o, para hablar el lenguaje de la época, "la nivelación de las fortunas."

"Sin embargo, en los arrabales se formaba una corriente de opinión más profunda, que buscaba soluciones constructivas, la que halló su expresión en las predicciones de un obrero de los arrabales, Varlet, y de un ex cura, Jacques Roux, apoyados por todos esos "desconocidos" que la historia denomina los "Robustos."

"Viéndose en tal situación, los desamortados se apresuraron a obrar de tal modo, que cuando la reacción lograra sobreponerse, hallara una Francia nueva, regenerada: el campesino en posesión de la tierra, el trabajador de la ciudad acostumbrado a la igualdad y a la democracia, la aristocracia y el clero despojados de las fortunas que constituían su verdadera fuerza, y esas fortunas distribuidas en miles de manos diferentes, fraccionadas, imposibles de reunir."

"Se necesitó todo el genio de la Revolución y toda la audacia juvenil de un pueblo desparpado de su largo sueño, de toda la fe de los revolucionarios en un porvenir de igualdad, para llevar a buen fin la lucha titánica que los desamortados tuvieron que sostener contra la invasión y la traición. Pero ¡cuántas veces el pueblo, extenuado, estuvo a punto de sucumbir!"

UNIDOS, VENCEREMOS

Dejad que los irresponsables trabajen en la sombra contra la unidad revolucionaria. Dejad que los inconscientes planeen conquistas políticas, manobren sin descanso, provoquen estados de conmoción popular. Dejad que los falsos antifascistas intenten preparar el terreno para su futuro predominio. Dejad que los jefes y jefecillos de la política clásica de los manejos y chanchullos, actúen sin otro fin que el de sus ambiciones...

Nosotros, trabajadores, mantengamos la unidad, con más firmeza que nunca. Despreciamos a los que quieren dividirnos. Afirmemos la alianza sellada con la sangre de nuestros compañeros de las avanzadas de guerra. Sepamos que la unión es la base de la victoria, y la piedra angular del triunfo revolucionario. Unidad, sólidos vínculos, leales actuaciones, reclamamos estas horas dramáticas que vivimos. ¿Quién puede romperla, quién puede hacer tralación, quién puede preparar "golpes de efecto", si estamos nosotros, los proletarios, codo con codo, luchando y trabajando como hermanos, hasta vencer o morir?

Pasó el momento de la polémica sobre los derrotados que debe seguir la Revolución. Lo que pueda hacerse ahora mismo, debe hacerse sin tardanza. Lo que deba postergarse para futuras contingencias de la guerra y nuevas circunstancias previsibles, debe estudiarse con toda celeridad, a fin de que, llegado el momento de afrontarlas, estemos en condiciones de obrar sin desgarramientos ni violencias, sin la improvisación que encierra en tales circunstancias un alto porcentaje de posibilidades de equivocarnos.

Hacer sobre la marcha de la guerra, prever todo lo previsible para más adelante, es deber imperioso impuesto por la Revolución. Cada Revolución tiene su ritmo propio. No es ley mecánica la que rige sus procesos, ni es fatalidad nacida exclusivamente de causas ajenas a la voluntad humana la trayectoria que sigue. En ella intervienen los elementos sociales activos, los factores humanos, las cualidades de las masas que la realizan. En síntesis, podemos decir que sus resultados dependen de la aplicación más o menos acertada de los elementos y factores ya citados a una realidad en que se combinan y determinan incontables causas y efectos de un estado económico, político, social, que va transformándose.

Una de las más aleccionadoras enseñanzas de todas las revoluciones ha sido recogida por los anarquistas. Es la que afirma que cuando más realice el pueblo directamente durante el periodo de convulsión, cuanto más avance en el terreno de sus conquistas económicas, cuanto más se haga respetar como fuerza actuante de convergencia, más queda para las masas populares actuantes y para las generaciones venideras, como saldo revolucionario definitivo. Del impulso inicial, de las transformaciones realizadas de inmediato, de la conciencia existente sobre la finalidad que se persigue, dependen las mayores o menores conquistas que se obtengan. Lo esencial es que el pueblo actúe, que sea parte primordial en el desarrollo revolucionario.

Detener el proceso de transformación es suicida. Aparte de los efectos de un movimiento que frena su acción a mitad del camino, dando por su falta de dinamismo vida a los aprovechadores y desviadores de la Revolución, se genera una desmoralización que es el más grande de los obstáculos cuando es preciso apelar a las energías y sacrificios del pueblo para salir victoriosos.

En la Francia del 70, Bakunin, en lenguaje encendido, propiciaba la libertad de acción de los campesinos y de los ciudadanos, como única forma de evitar el triunfo de los prusianos. Esa libertad de acción, ese levantamiento en armas por parte de los hombres del pueblo, sería capaz de crear el estado de ánimo propicio, porque un pueblo que vive y actúa la Revolución en su propio interés y convencido de que defiende una causa justa, es invencible. Pero los que no comprenden ni sienten en verdad lo que es una Revolución, los interesados en conservar las cosas como están para mantener posiciones privilegiadas, lanzan sus consignas frenadoras, espantan al pueblo, le gritan que no debe adelantar un paso más, porque el desastre es inevitable. La desgracia fué que, en la mayor parte de los casos, el pueblo temió avanzar por su cuenta, dejando de lado a los jefes. Otra sería la historia del proletariado y distinta la situación actual, si se hubiera desobedecido a los partidos, grupos o individuos apoderados de la dirección revolucionaria, yendo directamente a realizar las ansiadas modificaciones económicas, políticas o sociales.

Nosotros, anarquistas, no hemos de exponer a la Revolución al fracaso, por inercia o la incapacidad del pueblo. Para nosotros es lo más vital de la Revolución la conquista por parte de los productores de su derecho a organizar la vida. Si no hubiera intervención de las masas, daríamos por seguro que éstas nada conseguirían, a pesar de todas las promesas en contrario de los que ejercieran un gobierno cualquiera. Hemos llegado a un momento en esta Revolución prole-

taria, en que debemos recordar bien y siempre las enseñanzas referidas. No quisiéramos que por las circunstancias creadas por la guerra, se olvidara que en la etapa transformadora hay que avanzar lo más posible, so pena de perder lo conquistado después. No quisiéramos que se confundiera nuestra forzada intervención en los dominios oficiales, con la esencia misma de nuestro credo revolucionario. No quisiéramos que se pretenda señalarnos como inoportunos cuando propiciamos la socialización de la producción, cuando hacemos una propaganda intensa para que los Sindicatos obreros y agrícolas, las Comunas, los Municipios, tomen en sus manos la organización del trabajo. Con insistencia propia de la gravedad del momento, repetimos que la Revolución se va haciendo en la base de la economía, aprovechando las actuales organizaciones de los productores, y creando nuevos instrumentos de producción y coordinación.

Se señala el hecho de que participan dichas organizaciones en el gobierno, para pedir que todo se haga con el sello oficial. Y esto es, sí, sembrar conceptos que llevan al equívoco. Al intervenir en los gobiernos, los anarquistas no han renunciado a su interpretación de los hechos revolucionarios. Han aceptado esta participación por el estado de guerra como un acto transitorio de la guerra misma. Los pactos suscritos después del 19 de julio demuestran que no hay, que no puedo haber renuncia a lo que es fundamental para el triunfo en la Revolución. Si se ha dado un golpe de muerte a los privilegios al producirse las incautaciones y colectivizaciones, si se han realizado en numerosos pueblos cambios totales en la forma de convivencia, si los acuerdos que van adoptando en sus asambleas y Plenos los trabajadores de distintas industrias son terminantes en cuanto a sus propósitos reconstructivos, es indudable que existe esta fuerza viva de las masas en sentido revolucionario y libertario.

Todos reconocen que los trabajadores son los llamados a reconstruir la sociedad, aun cuando muchos les suman elementos que deberán definirse en momento oportuno y cuyos privilegios no pueden subsistir en un régimen equitativo. Bueno es que se reconozca el derecho de obreros, campesinos y técnicos, para consolidar sus conquistas, haciendo imposible una vuelta al desastroso régimen que engendró el monstruo fascista. Y eso se logra progresando en la socialización, en la reorganización de toda la vida económica y social.

Si dejamos pasar los días, nos atrasamos en forma duplicada. Hay que dar grandes pasos, porque la misma fe revolucionaria del pueblo ha de mantenerse y aumentarse solamente si se van realizando conquistas, transformaciones, ensayos que demuestren que la Revolución es capaz de resolver los problemas de la guerra y de dar pronta respuesta a los requerimientos del proletariado, del pueblo.

Realicemos la obra revolucionaria, sin medir sacrificios. Ella no obstaculiza la intervención en los puestos gubernamentales. Pone en movimiento el espíritu creador de las multitudes, fomenta su fe en la reconstrucción, educa sobre la marcha en una nueva concepción de la vida; prepara, en suma, todo cuanto reclama el sistema de trabajo y de vida libre que vendrá indefectiblemente después de ganada la guerra, el desde ahora somos previsores.

Realicemos los acuerdos tomados sobre la socialización y demostremos así la bondad de los mismos. No hay mejor propaganda en estos momentos que la misma experiencia documental, que el ensayo de las partes más conscientes y comprensivas del pueblo.

FRENTE A TODOS LOS QUE DAN LA ORDEN DE ESPERAR, ESTEMOS NOSOTROS, ANARQUISTAS, TRABAJANDO EN MEDIO DE LOS PRODUCTORES, REALIZANDO LO MÁS QUE SE PUEDA Y PREPARANDO NUEVAS REALIZACIONES. SIEMPRE EN EL TRABAJO. SIEMPRE ENSEÑANDO EL CAMINO CON EL EJEMPLO.

El anarquismo a través de nuestros teóricos

Un hecho que anuncia la proximidad de los grandes cambios sociales, es la manera como el proletariado va adquiriendo capacidad de cooperación y de dirección, fuera precisamente, de la acción política. En las asociaciones obreras, sobre todo, en aquellas que no rigen las prácticas políticas, los trabajadores van adquiriendo poder de iniciativa, prácticas de administración, hábitos de libertad y de intervención directa en los asuntos comunes, facilidad de expresión y soltura mental, cosas todas, cuyo desarrollo es nulo en las entidades



políticas que tienen por base, la delegación de poderes y, por tanto, la subordinación y la disciplina, la obediencia a los elegidos. En las asociaciones de tipo social las iniciativas proceden de abajo y de abajo proceden las ideas, la fuerza y la acción. Así se hacen los hombres libres, así se sueltan a andar. En las agrupaciones de tipo político, todo viene impuesto de arriba, pese a la ficción democrática. Son los gobiernos, son los jefes, son las juntas, los comités los que dan la orden, tienen el poder, la iniciativa, las ideas, la acción. Al que se rebela, al que se siente persona, se le arroja, se le expulsa, se le anatematiza. Así se esclaviza a los hombres, así se perpetúa la servidumbre. El eterno hombre de las piernas ligadas jamás echará a andar por sí mismo.

La acción ha de estar regida por la realidad ambiente y ha de acomodarse a la finalidad indiscutible de una gran renovación social. No en el terreno político, sino en el de los ideales sociales está el verdadero campo de acción de nuestros días. Empeñarse en continuar la rutina es laborar por el quietismo, es añoranza de presentidas ruinas, es poner diques a la impetuosa corriente que va hacia el porvenir.

La acción social, es la fuerza incontrastable del presente y será la realidad viviente del futuro.

RICARDO MELLA
(En Acción Libertaria, de Gijón, 1911.)

Leed "TIEMPOS NUEVOS"

GARANTIAS DE NUESTRA VICTORIA

Día tras día se cubren de gloria los artilleros que defienden la capital de nuestra Revolución. Las bocas de sus cañones envían volutas de fuego sobre los traidores que pretenden en vano manchar con sus plantas las calles de nuestro Madrid, heroico e invencible. Nadie con más valor, nadie con más acierto, nadie con mayor entusiasmo que estos artilleros nuestros, que estos luchadores que destruyen a golpes de obuses todas las ilusiones del adversario. Nada importa que muchos de ellos no sean artilleros profesionales; nada importa que hace unos meses la mayoría desconociese un cañón; nada vale que todos ellos estuvieran, antes de julio, en sus fábricas, en sus talleres, en sus escuelas o en sus universidades. Todos han aprendido, poniendo el alma en el aprendizaje, el mecanismo complejo de los más modernos elementos de combate. Todos se han currido en los frentes de lucha. Todos han adquirido su pericia mientras las balas silbaban a su alrededor y sonaban burliando a la muerte que les rondaba. Y todos, juntos, hermanos en la valentía y en el acierto, han formado esa columna de bocas de acero que apuntan amenazadoras al adversario, que cortan en flor las audaces moras o las intenciones preparadas meticolosamente por los generales prusianos.

(De Frente Libertario, de Madrid.)

¡ENTRE LOBOS!

por HIGINIO HERMOSA

"¡Cuidado con la lengua, Falcón, que te matarán..."
— ¡Injustamente, Demóstenes, y a ti lo harían con justicia!"

Ayer una consigna. Hoy otra. Antes del 18 de julio mandado el pueblo ibérico estaba, por dirigidos sin conciencia, egoístas y ambiciosos.

Hoy, después de cinco meses de lucha, de constante sangría, los de en medio y los de abajo, nos enteramos de algo sabroso; muchos de los diputados de ayer, que disfrutaban de tres o más sueldos, continúan cobrando dos un sueldo, y otros, tres y cuatro. ... y un diputado rotulón—cuanta Soli—cobraba 12.000 pesetas por su acta en el Parlamento Central, 18.000 pesetas como consejero de la Generalidad, 20.000 como vocal de la Junta del Puerto Franco y 30.000 como presidente del Comité Algodonero.

"Había otro diputado que era oído—¿Agudé?—de una importante capital española, por cuyo cargo cobraba 30.000 pesetas, más los gastos de representación; 12.000 por acta de diputado; 18.000 por otro empleo oficial; 15.000 más como consejero del Puerto Franco, y 15.000 más por representación de un consorcio de construcción. Salvador de Madariaga aparecía cobrando como diputado a Cortes 12.000 pesetas; como embajador de los Estados Unidos 300.000 pesetas oro; sólo de sueldo tenía 125.000, el resto eran gastos de representación, y 20.000 por acudir de vez en cuando a representar a la República en la Sociedad de las Naciones."

Un escritor cobraba como embajador 35.000 pesetas oro al año; 12.000 pesetas como diputado más 12.000 por la cátedra en la Universidad Central. ¿Besteiro?

Y el gran pícaro de Pérez de Ayala, el revolucionario de lengua y pluma, estaba a la cabeza de todos: 44.000 pesetas como embajador en Londres; 250.000 por gastos de representación—aunque vivía en una pensión por ser un egoísta, ruin y miserable, ambicioso y... ¡No queremos seguir con él, por haberse hablado ya y no poco! Cobraba, además, del Museo del Prado, 12.000 pesetas, más 12.000 como diputado.

Y un catódrico, 103.000 con las 15.000 que se le asignaron de gastos de automóvil.

Y muchos, por estar enchufados en la Telefónica, C. A. M. P. S. A., Condiencia, Hidroeléctrica Catalana, Banos o Transmediterránea como consejero o dirigente en la Compañía Transatlántica, pasaban de las 60.000. ¿Acaso añoran esto los que hoy piden un Gobierno de fuerza? ¿Sienten no poder saborear esos "caramelos" los que exigen se les obedezca ciegamente?

"¡Y yo os digo—dice Del Barrio—que si no se ataca en la línea de fuego, es por no haber disciplina ciega en la retaguardia!"

"Esto no puede continuar como anda; indisciplinados, "incorregibles", "incontrolados" despreciosos...! Estas son las últimas frases del Secretario general del P. S. U. de C. Y yo añado: De no haber el pueblo observado la ambición y egoísmo y desenfado en su actuación en todos sin excepción de los dirigentes que, como alcaldes, concejales, gobernadores, diputados, embajadores, cónsules, agregados y, también en el Presidente de la República en lo tocante al sueldo, gratificación o premios... hoy se obedecería ciegamente..."

[No podemos seguir con los ojos cerrados toda la vida!]

[No debemos ignorar que de nuestro indiferencia o excesiva confianza, se desbordó la ambición de la aristocracia, militares y clerical!]

[No podemos dejar hacer, porque siempre los de arriba hicieron lo que les dió la gana, sin acordarse del hambre del pueblo que produce, que trabaja!]

Cuando un pueblo despierta, se hace indomable; pero no por su fuerza, egoísmo, ambición y sed de sangre, sino por su ira concentrada durante años, quizás siglos, contra toda esa pandilla de lobos insaciables.

Hoy tenemos noticias que, en el Palacio de Justicia, en los Tribunales Populares, existen vocales que cobran 12 o 14 pesetas al día, y, además, cobran de su Sindicato obrero como secretarios de Propaganda, más el sueldo del taller donde había trabajado antes del 20 de julio del corriente año. ¿Podemos seguir obedeciendo ciegamente? ¡No!

Y sabemos ¡hasta las piedras lo saben! que, en muchos Sindicatos, delegados cobran del taller y chupan del Sindicato, Ayuntamiento, Diputación o Consejería de su ramo. ¡Hemos de tolerar un Gobierno de fuerza? ¡No!

No ignoramos que muchos escribientes, dependientes, contables, mecanógrafos, taquígrafos y correos, viajeros y mozos de almohacanes que están entre las edades de 18 a 35 años, no sirviendo en nada en sus respectivas plazas, se han hecho hacer por la madre, por la abuela, hermana, cuñada, esposa o hija, una carta de "impredecible en esta plaza". ¿Podemos seguir actuando en el frente de batalla viendo tantos enchufados que no piensan sino en el cine, café, bar o taberna donde jugar al mus, siete y media, dominó, billar, parchís, tresillo o treinta y una? ¡No! No sigan ponderando los bellas cualidades de oradores los amigos del compañero Del Barrio, ni tampoco los adápteros de otro consejero con alma de dictador. ¡Un poco más de sensibilidad! ¡Un poquitín más de generosidad, camaradas!

Ayudemos a elevar a nuestros hermanos, pero no desencadenemos una tragedia entre nosotros mismos.

La generosidad debe partir de arriba. Los de abajo obedecen siempre, cuando tienen buenos y serios administradores.

El pueblo es secundario, cuando tiene desinteresados dirigentes.

¿Qué saben los que propugnan por una dictadura del pueblo, de la idiosincrasia de españoles y cuantos extranjeros luchan en nuestras filas en los campos de batalla?

España no es Abisinia, ni Italia, ni Alemania, ni el Japón, ni Uruguay, ni Portugal. ¡Jugar con fuego trae malas bromas!...

Cuando se quiere el triunfo, se lucha por la noble causa que uno siente en el fondo de su alma.

Quien anhela vencer, no piensa en exigirse en dictador político ni militar.

Sembrador de bueno, pero jamás de malo. Seamos sensatos, si queremos sentir aplausos en vez de palcos.

¡Administrar bien, pero cuidado con los desvíos, que salen en múltiples ocasiones, los grandes por la cabeza!...

¡Alerta, camarada!

Todo para el frente, pero sin olvidar la retaguardia.

Luchamos para asesinar al fascismo, pero también para que nuestros hijos no sigan viviendo mañana como vivieron sus padres ayer.

LA REVOLUCION EXIGE SACRIFICIOS